

ESPERANDO LA NAVIDAD

Al terminar el año litúrgico, la Iglesia celebra a Jesucristo, como Rey universal, como cabeza de la Iglesia, que al final de los tiempos, después de haber derrotado todo poder maligno, el pecado y la muerte, entregará el Reino a su Padre. Entonces será el fin, nos dice. Y todos los que con Jesús hemos luchado por un Reino de justicia y fraternidad, nos someteremos a Dios como un solo pueblo, cuerpo de Cristo. Una nueva creación habrá nacido. Será la felicidad definitiva. (1Cor.15, 26-28)

Y se inicia un nuevo tiempo espiritual: la espera del Hijo de Dios, hecho hombre. Los evangelios nos presentan este acontecimiento primordial, como la revelación de un Dios de ternura y fidelidad. **Ha aparecido la bondad y el amor de Dios**, enseña Pablo a Tito. Un Dios frágil, nace pobre en un establo de animales y pastores.

El hecho trascendente ocurre en un lugar perdido del imperio romano. Vivirá en Nazaret, un lugar casi desconocido de la provincia judía de Galilea, donde se convive con personas de otra religión.

María y José, una campesina y un obrero, deslumbrados por el misterio, acogen a este niño con amor limpio y tierno.

Los pastores, reciben el anuncio de que las promesas de Yavé se han cumplido, visitan al niño y a sus padres y lo reconocen como Dios.

Los magos “extranjeros”, en la sencillez de su esperanza y su búsqueda de un mejor destino para los hombres, lo adoran y regresan felices a su tierra.

María, calladamente, acoge el misterio de Dios en su corazón humilde. Ha sido una mística espera la de María: un ángel le ha comunicado palabras misteriosas. Ha visto nacer al inesperado hijo de su pariente Isabel. Ha comprendido que Dios es fiel a sus promesas y que su Hijo será el Sí de Dios a las esperanzas de los Pobres de Yavé, su pueblo. (Lc.1, 54)

Todo transcurre en un ambiente de sencillez, de ternura, de silencio, de pobreza humilde, de esperanza. Ahora Jesús, en los brazos de María y de José, será como una reliquia del Dios de Abrahán. Mientras es niño, todo es ternura, sencillez, alegría y paz. María y José viven el misterio nacido en Belén, en el destierro y en el silencio de Nazaret.

Los problemas surgirán cuando Jesús se manifieste, pobre, humilde y misericordioso, en un mundo de poder, de pecado opresivo y de pretensiones de grandeza. Una espada atravesará el alma de María. A Jesús le espera una dura cruz de dolor, soledad y abandono.

Hoy viene Jesús a nuestro mundo. Celebremos esta primera venida de Dios como Francisco de Asís y Clara: Esperándolo en sencillez (“no en comilonas y borracheras”), sino en sencillez (“que su corazón no se embote por el exceso de comida y la embriaguez”), nos dice el Evangelio. Lc, 21, 34

Hoy Jesús viene, también a nuestra sociedad, en pobreza, en humildad, anciano, enfermo, marginado, sucio, desechado.

Acojámosle como lo acogieron María y José, con la sencillez de los pastores y de los magos. Descubramos en ellos, en los marginados de nuestra sociedad, a Jesús, despojados de su ternura y de su amor (no como si fueran los candidatos a la cárcel). Acerquémonos a estos hermanos nuestros como María al misterio de Dios escondido en Jesús y de este modo, Dios nos revelará su rostro.

En este mundo cargado de pretensiones de poder y grandeza, Dios nos invita a volver a Belén y contemplar humildemente la Sagrada Familia, participando de la admiración y la fe de los sencillos pastores. Respiremos unas semanas los aires puros que nos vienen de Dios y vivamos lo que nuestra fe nos inspira:

- + La solidaridad tierna con los pobres que viven cerca de nosotros.
- + La sencillez en nuestra vida.
- + Las relaciones fraternas en nuestra familia y nuestras comunidades
- + La alegría de renovar un año más nuestra esperanza en el amor fiel de Dios.

No podemos vivir en este mundo, calificado por Juan como lugar de la “concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne y soberbia de las riquezas”, (Jn.2, 16), sin respirar de la vida del Espíritu. Nuestro pensamiento y nuestro corazón son fácilmente contaminados por esas estructuras de pecado, señaladas por Juan.

Hagamos un pesebre en nuestra casa donde pasemos largos ratos contemplando al niño Dios que, sin gritar, se convierte en signo de denuncia y contradicción de esta sociedad orgullosa y consumista. Tengamos pensamiento y corazón críticos ante toda la propaganda consumista y hedonista que nos bombardeará durante estas semanas.

Llevemos a todos la alegría de Navidad, del amor tierno y fiel de Dios, de manera que sientan que Emanuel - Dios vive entre nosotros -, es Jesucristo y nos salva. No a mí, sino a nosotros. Dios no envió a su Hijo “a salvarme” sino a anunciar el amor salvador de Dios. No nos envió Jesucristo a buscar nuestra felicidad, sino a proclamar la Buena Nueva del amor misericordioso y salvador de Dios. Ahí nos regala la felicidad.

En Nazaret, el Hijo encarnado, se ha hecho semilla y levadura del Reino de Dios. Nosotros injertados en “el olivo de Dios” que es Jesucristo, llevaremos a plenitud su obra y seremos todos uno en el Uno (1 Cor.15, 28).

Jesús Herreros, sm